

SANTA TERESA DE JESUS.

¿QUÉ DECIMOS DE NOSOTROS MISMOS?

IV.

Con estas naderías, de poco en poco se van haciendo con actos y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores.

(Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 31, n.º 11).

Al hacerte, benévolo lector, por última vez la pregunta que encabeza nuestro artículo, quiero descubrirte, ó cuando menos recordarte y recomendarte eficazmente un medio fácil y casero para elevarte á una incalculable grandeza. Hemos visto que de nuestra condicion somos sarmientos inútiles aptos tan solo para el fuego, y que sola la divina gracia, por la que nos unimos á la vid celestial, Cristo Jesús, nos da vida y lozanía, y hace producir frutos de santificacion. Pobres somos, ciegos, desnudos de mérito y cubiertos de heridas á los ojos purísimos de Dios, que descubre el valor real de las cosas. ¿Quieres, pues, lector querido, sacar riquezas inmensas de tu pobreza? ¿deseas convertir tu ceguera en lumbré clarísima? ¿anhelas que tus heridas se tornen fuentes que manen de continuo salud y robustez? Atiende.

En este siglo de lo positivo y del tanto por ciento todo el mundo anda en busca de solucion fácil al difícil problema de hacerse rico con poco trabajo. En nuestros dias, que se huye de toda clase de mortificacion como del único mal verdadero, hay la manía insensata de transformar este valle de lágrimas y lugar de destierro en un paraíso de deleites. ¡Cuánto, pues, no daría el hombre de mundo para topar con el secreto de estar acuñando moneda de oro en todos los actos de su vida! ¡Qué alegría recibieran las gentes que corren desaladas tras el alma del negocio, y que viven por otra parte en culpable olvido del negocio del alma, si se les prometiese mostrarles un medio infalible de hacerse ricos con las mismas operaciones mercantiles que practican, con menos atareamiento aun que el que llevan por ganarse la vida y hacer fortuna?

¡Oh! ¡cuánto darian los mortales que andan atareados y apenados por hallar el secreto de convertir en oro cuanto tocan!

Pues bien; lo que el hombre de negocios no puede encontrar, lo tiene á mano el cristiano á todas horas, con muy poco trabajo, con liviano esfuerzo. ¿Te sonries al oír esta impensada afirmacion? Pues sábeta que es una verdad trivial, segun las enseñanzas del Catolicismo. Óyeme, y te convencerás de ello.

Es muy comun entre los cristianos la creencia de que solo se gana para el cielo rezando y haciendo otras obras de devocion. De este error ó persuasion falsa siguen fatales consecuencias. Tengo para mí que de aquí proviene el ser tan escaso el número de almas que aman á Dios, le adoran y sirven en espíritu y en verdad. Es innegable que todas las acciones comunes de la vida humana son de suyo de ningun valor para merecer el cielo; pero tambien es de fe que hechas por un motivo sobrenatural adquieren un mérito infinito, pues con ellas podemos hacernos dignos de alcanzar la posesion de Dios. Con lo mismo, pues, que hacemos, con todas y cada una de las acciones ordinarias de la vida podemos merecer, adquirir nuevas gracias, y con ellas nuevos grados de gloria. ¿Cómo? Por un medio sencillísimo: por medio de la intencion y de la oblacion. Dadme la accion mas insignificante y mas ordinaria de la vida; séllela el cristiano con la recta intencion de agradar á Dios, y esa accion ó naderia, como la llama Teresa de Jesús, que antes no circulaba en la plaza del cielo, y era desechada como moneda falta de peso en la balanza del santuario, se admite á circulacion en el reino de los cielos, y se puede negociar con ella nada menos que la compra de todo un Dios. ¿Qué cosa mas vulgar y menos espiritual que el comer, beber, dormir y divertirse honestamente? Pues todas estas acciones comunes de la vida humana adquieren á los ojos de Dios remunerador un peso de gloria inmenso. ¡Qué lástima, pues, que por no saber, ó no querer beneficiar esta mina á tan poca costa, perdamos millones de ocasiones de adquirir nuevas gracias y nuevos grados de gloria! ¿Quién podrá pararse á calcular sin asombro las pérdidas inmensas de bienes de gloria que hemos sufrido en los años que llevamos de vida tibia ó poco cristiana? ¡Con qué pasmosa rapidez se suceden en nosotros miles de pensamientos, deseos, palabras, acciones! Pues sábeta, hermano mio, que con todas y cada una de estas cosas puedes merecer, si estás en gracia y lo vivificas con la intencion de agradar á Dios. ¿Quién, pues, no llorará sobre estas pérdidas inmensas? ¿Quién no se animará, á lo menos de hoy mas, á ofrecerlo y hacerlo todo por Jesús?

En cosa de tanta monta no quiero creas á mí palabra, sino á la de la seráfica doctora Teresa de Jesús, que escribe: «Dios no deja nin-

gun servicio sin paga, por pequeño que sea: un suspiro, un alzar los ojos al cielo no lo dejará sin recompensa, porque es muy mirado nuestro Dios. Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea hendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningun deseo bueno; por ruines é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando y perfeccionando y dando valor (1).»

Quiero confirmar lo dicho con algunos ejemplos.

Resistíase un día una hija muy mortificada de la gran Teresa de Jesús á probar cierto manjar que se le indicaba para reforzar su salud. Mas la Santa, que si gustaba de hijas mortificadas, preferia siempre la obediencia á la mortificacion, dijole con cierta autoridad: «Vaya, hija, y cómase un torrezno.» «¡Ay, Madre! replicó con viveza; obediencia, Dios y torrezno, de muy buena voluntad.» Y sin duda comiendo su torrezno ganó muy mucho á los ojos del Señor aquella buena hija de Teresa de Jesús.

Jugando estaba una vez san Cárlos al ajedrez (juego de que gustaba mucho nuestra Santa en su mocedad (2)), y preguntándole uno de los circunstantes qué haria si dentro una hora supiese cierto habia de morir, contestó muy tranquilo: «Seguiria jugando.» Porque con aquella accion, á mayor gloria de Dios emprendida, merecia delante de él; y por lo mismo no podia escoger cosa mejor en que le sorprendiese la muerte, que en aquella que era del agrado de Dios. Y es indudable que san Cárlos goza hoy dia en el cielo de un grado de gloria que ganó con este honesto esparcimiento.

Mas aun, porque deseo llevar el convencimiento pleno al ánimo de mis lectores, pues es este asunto para mi el mas capital, esto es, la santificacion de todas las acciones ordinarias de la vida; quiero confirmar esta verdad consoladora y que tanto puede engrandecer y avallar nuestra pequeñez y pobreza con las palabras del mismo Jesucristo que dirigió á su esposa Gertrudis, una de las almas tambien mas favorecidas con sus regalos: «Si un codicioso usurero, asi habló el Señor á santa Gertrudis, no querria de buena gana perder la oportunidad de adquirir un solo maravedí, menos gusto tendré yo en dejar pasar la ocasion de cambiar, para mi mayor gloria y eterna salvacion vuestra, el mas liviano pensamiento y movimiento de vuestro dedo penique.» En otra ocasion, como sintiese una noche la Santa cierta debilidad, comió algunas uvas con la intencion mental de refri-

(1) Santa Teresa de Jesús en su *Vida*, c. 4.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Camino de perf.*, c. 16, n. 1. Léase la bellísima comparacion y aplicacion que saca la Santa de esta vanidad.

gerar al Señor en sí misma. Jesucristo, por su parte, aceptó gustoso semejante presente, cual regalo real, y la dijo: «Te confieso, hija mia, que con dicho regalo me has compensado el amargo brevaje que tomé por amor tuyo estando en la cruz, pues ahora estoy gustando en tu corazón una dulzura inefable; porque has de saber, que cuanto mayor sea la pureza de intención en recrear tu cuerpo por amor mío, tanto más exquisita es la dulzura con que me siento recreado en tu alma.» El mismo Salvador habló otra vez á Gertrudis de esta manera: «Mi ternura aceptará gustosa el mas ligero movimiento, el esfuerzo mas liviano que hagan los hombres para levantar una paja del suelo, el simple saludo, un responso por los difuntos y cualquiera palabra en favor de los pecadores y justos, siempre que practiquen semejantes actos con piadosa intención.»

¡Cuán bueno eres, Jesús de mi alma, cuán bueno eres! ¡Cuán dulce y suavísima tu condición! ¡Cuán amable la piedad! ¡Cuán fácil merecer para la vida eterna, santificarnos, acumular tesoros infinitos y salvarnos! ¿Por qué, pues, ó mi dulcísimo Jesús, no te amamos, no vivimos vida de amor? ¡Ay! lo confesaremos para nuestra confusión y vergüenza: porque no te conocemos. Tenemos de la piedad y de la verdadera virtud formadas ideas las mas raras, extravagantes y falsas; por eso la despreciamos. No te conocemos por lo que eres, ó Jesús Dios de verdad; desconocemos las vías fáciles y dulcísimas de tu amor: por ello nuestro corazón desfallece en tu servicio; te abandonamos y nos sujetamos casi con gusto á la dura y cruel servidumbre del mundo, demonio y de nuestras desordenadas pasiones. Descúbrete, pues, ó Jesús amador de las ánimas, á los amantes Teresianos, como descubriste á tu esposa Teresa la hermosura de tu divino rostro, y enamora nuestra alma, roba nuestros corazones. Ya que se ha de vivir, vívase por Vos, Dueño mío.

¿Qué dices, pues, de tí mismo, lector querido? ¿No es verdad que eres grande, muy grande, en medio de tu pobreza y miseria? Justo es, pues, exclames á vista de tanta indignidad y grandeza con la agradecida Teresa de Jesús: «¿Qué haré, pues, Señor mío? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando, para que todo me emplease en Vos! ¿Por ventura, Señor, desamparaste al miserable, ó apartaste al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas ó vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mío y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios; ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne

á ganar... ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? Bien sabeis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Váleme, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, *obrándolo todo á vuestra mayor honra y gloria*, pues si que-
reis podeis (1).»

DESDE LA SOLEDAD...

Dadme cada día un cuarto de hora de meditacion, y yo os prometo el cielo... ¡Almas! orad, orad, orad, porque todo lo puede la oracion.

(Santa Teresa de Jesús).

Han llegado á mis oidos repetidas súplicas é instancias por conducto de mi querido amigo el Director de la *Revista Teresiana*, para que facilite á los amantes de Teresa de Jesús el ejercicio de la oracion mental ó meditacion, para que les enseñe prácticamente á emplear con fruto en tan santo y necesario ejercicio un cuarto de hora al menos de los noventa y seis que tiene el dia. Pues, ¡no es nada que digamos asegurar la salvacion eterna con este cuartito de hora! «Si cosa dificil y costosa, replicaban oportunamente los siervos á Naaman su señor, te hubiese prescrito el Profeta para curar de la lepra, deberias al punto hacerlo; ¿cuánto mas una cosa tan hacedera como lavarte en el rio Jordan?» La misma reflexion hago á muchas almas, me escribe el Director, al recomendarles eficazmente la fidelidad á la práctica del ejercicio de la oracion. Y es la verdad. Si Teresa de Jesús, Doctora de las almas que aspiran á la perfeccion y á la consecucion de su último fin, nos exigiese largas vigiliass, rigurosos ayunos, ásperas penitencias de disciplinas, cilicios, etc., para lograr este fin, única cosa necesaria, deberiamos hacerlo sin vacilar. ¡Cuánto mas cosa tan ligera como es emplear un cuarto de hora al dia en tratar con nuestro amoroso Padre que es Dios!

La santa virgen Teresa de Jesús, de condicion dulce y amabilísima, reservó para si el uso de estas penitencias desabridas; y para el próximo su hermano dejó lo fácil y menos penoso. A veces considero que esta amorosa y compasiva Madre de las almas fué delante de sus hijos y devotos arrancando las espinas del camino del cielo y lastimán-

(1) Santa Teresa de Jesús, *Exclam. IV.*

dose en esta faena pesada sus benditas manos y sus piés *descalzos*, á trueque de que, al seguir sus huellas arrastrados por el encanto de sus gracias y virtudes, no se lastimasen aun levemente, ni hallasen tropiezo. Y eso que Teresa de Jesús fué siempre inocente, no perdió la gracia bautismal, ¡y nosotros tan pecadores!! ¡Oh Santa mia, querida Madre mia de mi alma, bendita seas! porque nos endulzas las amarguras de la vida, y nos facilitas el camino del cielo, haciéndonos con tu ejemplo amable, fácil y seguro el camino de la virtud! ¿Quién no te amará y se confundirá á la vista de tu condicion suavísima? Tú desgarrabas tus inocentes carnes con manojos de ortigas y llaves, y á nosotros nos regalas y recreas con lo mas dulce y agradable de la piedad. ¡Bendita seas, Teresa de Jesús, bendita seas! ¿Qué corazon habrá tan duro é insensible que no te ame con pasion?

Convengamos, pues, lector querido, que no se puede exigir ya menos de un cristiano para asegurar la posesion de un reino de gloria eterno que el que consagre cada día un cuarto de hora á la oracion; no puede pasar por menos Dios, que es Señor absoluto de todo el tiempo y eternidad, que de reservarse para sí un cuartito de hora desocupado de parte del hombre para que lo emplee en conocerle y amarle sériamente.

Para merecer el cumplimiento de la promesa de Teresa de Jesús, es la primera condicion esencial tener una *grande y determinada determinacion de no faltar ningun dia al ejercicio de la oracion*, suceda lo que sucediere, murmure quien murmurare, mas que se hunda el mundo. Esta determinacion es además gran cosa, porque el demonio pierde las fuerzas y no se atreve á tentar á las almas animosas, pues siempre sale con pérdida; pero si las ve cobardes é inconstantes en la oracion, inconvenientes les pondrá y dificultades: no las dejará á sol ni sombra, no medrarán jamás. Por la mañanita les persuadirá que dejen el cuarto de hora de oracion para el medio dia; al medio dia les saldrá una ocupacion que se lo hará diferir á la tarde; entonces ocurrirá un pretexto (que nunca faltan á su astucia y á nuestra pereza) para dejarlo para la noche, y por la noche no se hace, ó viene el sueño y roba la atencion y se hace mal, y el fruto se lo lleva el diablo gozoso.—¡Oh! cierto es así, paréceme oír á varios de mis lectores, poco amantes de Teresa de Jesús; haceis mi historia, ese es mi retrato.—Pues, hermano mio, ¿es feo este retrato, no te agrada? Rómpelo, y no consientas jamás desde este dia ser juguete de las malas mañas del infernal enemigo, que sagaz y taimado todo te lo concederá sin inquietarte, con tal que logre hacerte omitir, robar á tu Dios y á tu alma ese cuarto de hora de oracion, porque conoce bien que á la fidelidad de esta práctica santa están vinculadas quizás las gracias que necesitas

para perseverar y salvar tu alma infaliblemente. Sea, pues, lector querido, tu primera determinacion, si quieres hacer bien este cuarto de hora, *no faltar ningun dia por nada ni por nadie de dar á Dios y á tu alma este rato de oracion.*

Pero me dirás: Ya lo hago así todos los dias: no falto ningun dia ó rarísimas veces á este cuartito de hora de oracion, pues ya se va haciendo en mí de costumbre, y el dia que no lo hago hallo como un vacio en mi corazon, que me obliga á suplir este defecto consagrando media hora al dia siguiente. Pero, francamente, no sé cómo pasar aquel rato, breve, sí, y delicioso algunas veces, pero otras mas pesado que de plomo para mi corazon. No sé qué decir, no sé qué hacer, pues *la loca de casa*, mi imaginacion, anda de aquí para allá sin fijarse en cosa de provecho espiritual. Me aburro, pues, porque no sé qué decir, no sé qué hacer. Decídmelo vos, ó buen Solitario, por caridad.— No voy á decírtelo yo, lector querido; á los dos nos lo va á decir mi querida Madre Teresa de Jesús en el capitulo xxvi de su admirable libro *Camino de perfeccion*, que copio integro: y encargándote, sobre todo, en estos dias de Cuaresma, medites su preciosa doctrina y practiques sus provechosas encomiendas, se despide de tí encomendándote á los cuídados de Teresa de Jesús, maestra de oracion, su menor hijo

El Solitario.

Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon la examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oracion que vais á rezar? Representad al mismo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podeis tener mucho discurso del entendimiento, ni podeis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podeis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder segar el pensamiento en una cosa, y es lo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pe-

dirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en mas; no nos duela el tiempo en cosa que tambien se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penseis en él, ni que saqueis muchos concetos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido mas de que le mireis. ¿Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis mas, á este Señor? ¿Pues podeis mirar cosas muy feas, y no podeis mirar la cosa mas hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le mireis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le mireis algunas veces á él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Así como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujecion os habeis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seais vos la Señora, y andar él á vuestra voluntad. Si estais alegre, miradle resucitado, que solo imaginar como salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué vitorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla á donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. ¿Pues es mucho que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estais con trabajos, ó triste miradle camino del huerto, qué afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja della; y miradle atado á la coluna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar; ó miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros há él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, solo porque os vais vos con él á consolar, y volvais la cabeza á mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mio! (le podeis vos decir, si os ha enternecido el corazon de verle tal, que no solo querais mirarle, sino que os holgais de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazon, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estais, Señor mio y

bien mio, que queréis admitir una pobre compañía como la mia, y veo en vuestro semblante que os habeis consolado conmigo? Pues ¿cómo, Señor, es posible que os dejan solo los Angeles, y que aun no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo quereis pasar por mi, ¿qué es esto que yo paso por vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz; no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagais caso de lo que os dijeren, haceos sordas á las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os aparteis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo á los que vos padeceis, por grandes que los querais pintar, y por mucho que los querais sentir, saldréis consoladas dello; porque veréis que son cosa de burla, comparados á los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le viérades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le mirárades siempre. No lo creais, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza á recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pié de la cruz con la Magdalena, que via la muerte al ojo. Mas ¿qué debia pasar la gloriosa Virgen y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de sentimiento? Pues con qué gente lo habian tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debia de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentian el suyo. Así que, hermanas, no creais fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en ellas podeis venir á otros mayores. Lo que podeis hacer para ayuda desto, procurad traer una imágen y retrato deste Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han mas de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al menos yo no os creeré si lo usais, porque si no, si faltarán, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el alma con halagos y

artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento á andar á su placer, ó pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne á tomar amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco á poco, nunca harémos nada. Y tórnoos á certificar, que si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á depender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

Damos lugar en nuestra Revista con sumo gusto al siguiente escrito que una hija ilustre de Teresa de Jesús residente en el convento de Carmelitas Descalzas de Bruselas (Bélgica) nos remite como preámbulo á la série de articulos relativos á santa Teresa de Jesús, con los que nos promete honrar las páginas de nuestra humilde publicacion. Creemos que nuestros lectores, al igual de nosotros, se alegrarán en extremo leyendo estas oportunas reflexiones en obsequio del mas grande de los Santos, san José, y el mas amado de nuestra querida Doctora castellana, Teresa de Jesús.

OBSEQUIO Á SAN JOSÉ.

I.

Id á José... vuestra salvacion está en sus manos.

(Gen. xli).

Toda persona que de su natural condicion hállese dotada de un sentimiento delicado y de un ánimo inclinado á la piedad, no puede menos de hacer participante á san José del amor vivisimo que arde en su pecho hácia Jesús y María. No puede ser de otra suerte: un alma buena, un corazon grande por un sentimiento, estoy por decir natural, vese movido á asociar inseparablemente el nombre y amor á san

José á los de Jesús y María. El fuerte y suavísimo atractivo que tiene sobre los espíritus el culto del divino Redentor y de su Madre, lo tiene también, aunque en menor escala, el de san José.

San José está adornado de tan bellas prendas, y revestido de dones tan sublimes, que son capaces de enamorar á cuantos le conozcan. Su excelencia es tan inaccesible, que entre todos los Santos constituye por sí solo jerarquía propia, una dignidad análoga, aunque inferior, á la incomparable de la santísima Virgen, incomunicable como la de la maternidad divina. Por esto la gracia que le fué dispensada le viene, no de la noble prosapia de David, sino de los oficios para que fué elegido. Su santidad es tan extraordinaria, que en sentir de san Gregorio Nazianzeno, Dios colocó en él los resplandores de todos los Santos. Esta su santidad nos ha sido declarada en el Evangelio con un elogio compendiado, sí, pero acabado é infalible, cuando dice que él es *Justo*, ni mas ni menos. Justo quiere decir, perfecto delante de Dios y de los hombres; hombre á quien en materia de deberes, virtudes y santidad nada le falta ni sobreabunda.

En José honramos al laborioso artesano, al vigilante padre, al casto marido, al pobre honesto. A san José le fué concedida una tal plenitud de poder, que no hay favor, por grande que sea, que se le niegue en el paraíso, donde junto con su Esposa es el tesorero de todas las gracias. La reunion de incomparables cualidades físicas, intelectuales y morales, que pasmados admiramos en la Madre de Dios, se halla también en san José, aunque en menor grado. Si, en él se hermanan inconcebible hermosura é inocencia, sabiduría y prudencia, dulzura y amabilidad.

Mas esto es poco aun. La santísima Trinidad le constituyó entre todos los mortales Amo de su casa y Señor de toda su posesion, habiéndole confiado cuanto hubo ni pudo jamás haber de mas caro y precioso en el universo.

El Padre depositó en sus manos á su propio Hijo hecho hombre; el Hijo, Verbo Eterno, puso en sus manos á su divina persona con las miserias, debilidades infantiles, necesidades y peligros de los cuales queria que salvase á su vida mortal; el Espíritu Santo depositó en su mano á su propia Esposa y fruto divino, con el cual Él fecundó prodigiosamente sus castísimas entrañas. De este modo, pues, san José estuvo íntimamente ligado á la ordenacion dirigida á la union hipostática, ordenacion de la cual fué en la sagrada Familia ministro inmediato, y, dirás mejor aun, Cabeza visible en representacion del Padre Eterno.

San José, en fin, cumplió estos importantísimos cargos con un afecto indecible, no perdonando desvelos ni fatigas.

Por espacio de treinta años tuvo con la Esposa y con el Hijo comunes los gozos y los dolores y la práctica de toda virtud, de manera tal que tambien él tiene derecho á un reconocimiento perpétuo de nuestra parte.

En san José, pues, debemos admirar á un mismo tiempo *al Vicegerente del Eterno Padre, al Nutricio de Jesús, al representante del Espiritu Santo, al Esposo de la Inmaculada Virgen Maria...* Esto te baste por todo, lector mio. Tales palabras son estériles á quien no ve ni ama: mas encierran un mundo de pensamientos y afectos para quien ve y ama.

«¡Oh cuán bien sintió el corazon de la seráfica Teresa de Jesús la obligacion que hay para todos de ser agradecidos á san José, cuando escribió con su pluma celestial: No sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús que no dén gracias á san José por lo bien que les ayudó en ellos!» (Vida, cap. 6).

II.

Es cosa antigua en la Iglesia de Dios la veneracion y culto de san José; mas el conocimiento meditado y profundo de su altísima proteccion, de su poder y de su autorizado patrocinio, la demostracion solemne de su culto, tardó por muchos siglos á desarrollarse, á fin de que su paternidad putativa no sirviese para oscurecer la divinidad de la persona de Cristo y la virginidad de la Madre que le concibió por obra del Espiritu Santo. Como fueron puestos en duda estos principalisimos y primarios puntos del dogma cristiano, quiso Dios que en los siglos últimos, y en especial en el nuestro, se desarrollasen mas, rodeando así con una auréola siempre mas brillante á su vice-Padre terreno y excitando á las almas sus elegidas á la mas tierna devocion y confianza hácia este *Sumo* entre todos los mas grandes Santos.

El mismo Jesús se complació en hacer mas sensible su poder á santa Teresa de Jesús, la cual desde niña tuvo para con este Santo un afecto especialísimo, propio de familia, y tanto que mereció ser llamada la *Benjamina y Secretaria de san José*. Fué del gusto de Jesús sugerir á ella y á hombres piadosos y sábios los mas ingeniosos y eficaces argumentos de la singularísima majestad de este primer Patriarca, tanto del antiguo como del nuevo Israel, en manera tal que no haya en adelante alma que no estudie los privilegios inapreciables de san José, ni corazon devoto que no sienta hácia él amor y vivísimo afecto. Y para acrecentar mas la demostracion de la afectuosa reverencia y fineza con que trataba el Señor y queria fuese tratado su padre

adoptivo, quiso Jesús despertar la memoria y afectos de los fieles hacia san José, custodio de su casa, como le llama la santa Iglesia, en ocasión en que la casa espiritual de Dios, esto es, la santa Iglesia, se hallaba mas desolada por el terrible cisma del Occidente. Entonces fué cuando el célebre Gerson tomó por objeto particularísimo de sus escritos, de su ingenio y de su piedad las glorias y privilegios de san José. Mas tarde Jesucristo quiso en cierto modo encomendar la misión especial de propagar su culto á almas tan santas y tan ricas de amor y dulzura como fueron santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, la venerable María de Agreda y san Camilo de Lelis. Este y sus hijos propusieron á san José por patrono universal en el paso mas terrible y mas importante de la muerte; pero Teresa de Jesús y san Francisco de Sales, ¡oh cuán grandes y elevados son al hablar de san José, al estudiar sus privilegios y virtudes, y cuán entusiasmados para enardecer los corazones en su amor y culto, y obligarlos á que tomen á san José por padre y tutor, no solo en el último paso, si que tambien en toda la vida!

Después de ellos y con su dirección é impulso la devoción á nuestro Santo creció y crece siempre en la santa Iglesia. Esa devoción es á todas horas bendecida y recomendada por los Sumos Pontífices, y fomentada por las predicaciones, por los ejemplos y escritos de los mas celosos personajes en todos los siglos; entre los cuales brillan con especialidad el célebre Fenelon, que exclamaba: «Amo á san José indeciblemente;» la beata María de los Ángeles, que acostumbraba llamarle graciosamente «mi Viejecito;» el venerable P. Paulino del Corazón de Jesús, san Alfonso María de Ligorio, que lo veneraban con particularísima ternura; la venerable Cecilia Portaro, virgen milanesa, que en su honor ayunaba á pan y agua todos los miércoles; Silvio Pellico, que en 1834 escribía á su hermana Josefina: «Vivan Jesús, María y san José: con estos tres poderosos nombres en el corazón, nosotros nada absolutamente tenemos que temer,» y la Marquesa de Bavello, que reconocía á san José por dueño de su casa.

De aquí es que por todas las partes del orbe católico se inventan nuevos medios para hacer conocer siempre mas y mas las grandezas de san José, y se ponen en planta las prácticas de su devoción; se imprimen folletos para registrar periódicamente sus glorias, y ejercicios para consagrar un mes entero á su culto, y se fundan congregaciones de hombres y mujeres bajo su nombre y protección. Por fin el bondadoso é inmortal Pio IX, que tanto ama y ha glorificado á María Inmaculada, ha querido tambien glorificar á su castísimo esposo san José proclamándole Patron de la Iglesia universal en 8 de diciembre de 1870, y ordenando en 7 de julio de 1871 que cuantas veces lo permitan las

rúbricas se haga conmemoracion de san José en la misa y oficio divino. Por último, para que nada faltase al esplendor y gloria de la fiesta de san José, por un decreto consistorial del 6 de mayo de 1872 manda Su Santidad que se celebre capilla pontificia en dicho dia con la misma solemnidad que en las otras fiestas mas principales.

Asi santa Teresa de Jesús desde el cielo ve satisfecho por fin el grandísimo deseo que tuvo en la tierra de que se celebrase con la mayor solemnidad posible la fiesta de su Protector y Padre san José. Esperemos que san José agradecido despierte ahora el culto y veneracion de su mas querida hija é ilustre y apasionada devota santa Teresa de Jesús, y se cumplan las memorables palabras del gran Pio IX cuando dice: «Los apoyos de la Iglesia naciente, María y José, vuelvan á ocupar en los corazones el lugar que nunca debian haber abandonado. Una vez mas se salvará el mundo.»

Benévolos lectores míos: si con estas breves reflexiones me fuese dado confiar de haber hecho bullir en vuestros pechos un tantico mas de amor hácia el amable y querido san José, me daría por muy bien pagada, porque creeria haber hecho un gran bien.

Cármén de Bruselas, 19 de enero de 1874.

SOR JOSEFA TERESA, C. D. I.

SIMPLICIDADES DE SANTA TERESA DE JESÚS.

¿LO HARÉIS TAMBIEN VOSOTROS?

I.

Uno de los distintivos de las almas grandes, uno de los caracteres que revelan el amor perfecto de los Santos es la simpatía santa por Jesús, por todo, aun lo mas insignificante que se relaciona con su sagrada persona, con sus divinos intereses. Su afecto enamorado les hace descubrir en Jesús, su tesoro y su Dios, cosas menudas, circunstancias tan exquisitas, que un ojo menos avisado no las atina seguir. Todos los cristianos miramos, fijamos alguna vez la atencion y consideracion en la adorable persona de Jesús; pero solo á los Santos sus enamorados es dado penetrar en muchos de sus delicados gustos y excelencias.

Si alma hubo en el mundo que estuviese enamorada en extremo

de Jesús, y poseyese por consiguiente en supremo grado esta celestial simpatía, fué sin duda la que se llama con toda verdad Teresa de Jesús. Si, Teresa de Jesús, que oía á menudo de la boca misma de Cristo esta amorosa fineza: *Ya eres mia, y yo soy tuyo*; Teresa de Jesús, que le solia decir al Señor: «¿Qué se me da á mi de mí, sino de Vos?» Teresa de Jesús, en fin, que llevaba esculpida en su alma la hermosísima figura de Cristo, que la miraba con piedad y con tanta fuerza que no se podia sufrir, habia de descubrir mil particularidades en las cosas de su amado Esposo, que le inspiraban prácticas piadosas muy del agrado de Dios. La Santa, en el lenguaje de su humildad, llámales simplicidades cuando afirma: «Destas simplicidades tenia muchas.» (*Vida, c. 9*). Pero Jesús las estimaba por finezas y muestras de delicadeza y subido amor, segun el premio que por ellas le daba.

Una de estas simplicidades, cuya adquisicion recomendamos á nuestros lectores, era el comulgar todos los años por Domingo de Ramos con la consideracion de consolar al Señor por la descortesia con que le trataron los judíos en dicho dia, no convidándole á comer, despues de tantos gritos de alabanza y bendicion. Mas oigamos á la Santa: «Ha mas de treinta años que yo comulgaba este dia, si podia, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecia mucha la crueldad que hicieron los judíos, despues de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacia yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, segun ahora veo. Y así hacia unas consideraciones bobas, debialas admitir el Señor.» Y ¿por qué no, Santa mia, si un vaso de agua fria dado por su amor al pobre, lo admite como hecho á su persona y promete por ello recompensa? Buena prueba es del agrado con que Jesús miraba estas tus divinas simplicidades el regalo que te hizo en este dia, cuando al tener la sagrada Forma en tu boca te pareció que toda ella y toda tu persona estaba cubierta de la sangre caliente del Señor como si entonces acabara de derramarla, y sintiendo excesiva suavidad, te dijo Jesús: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite, como ves; bien te pago el deleite que me hacias en este dia.»

¿Lo haréis tambien así vosotros, amantes Teresianos? ¿Imitaréis en cosa tan fácil y tan del agrado de Jesús á vuestra Madre y Maestra? Treinta años lo practicó Teresa de Jesús, mereciendo despues de esto una fineza tan singular, de la que le quedó mucho aprovechamiento para la Comunión. ¿No quereis vosotros tambien haceros acreedores á esta distincion? ¿No quereis hacer á Jesús de Teresa el deleite que le hacia Teresa en este dia, hoy sobre todo en que aumentan las des-

cortesías y crueldades para con él? ¿Lo haréis á lo menos vosotros, amantes teresianos, paréceme nos dice Jesús? ¿Comulgaréis el Domingo de Ramos con la simplicidad santa de mi enamorada Teresa?—¿Qué responde vuestro corazon, lectores queidos? Por complacer á Jesús é imitar á su Teresa, ¿comulgaréis el Domingo de Ramos? ¿Lo haréis tambien vosotros? ¿No es verdad?—C.

AL UMBRAL DE LA ERMITA.

Era una hermosa tarde de marzo, cuando, dejadas las últimas casas de mi pueblo y atravesando aquellos verdes trigos mecidos blandamente y formando suaves ondas por las brisas de la tarde, me dirigia á la vecina colina, graciosamente coronada por la ermita de San José.

Las higueras llenas de vigorosa savia habian lanzado ya infinitos brotes, y las yemas dejaban salir las verdes y delicadas hojitas, que tan anchas y pomposas vendrán á ser muy pronto. Los almendros estaban todos en flor, exhalando riquísima fragancia. Todos aquellos caminos, sembrados de trecho en trecho de capillas y de cruces de hierro con pedestal de piedra labrada, estaban tapizados de finas y olorosas hierbas entretejidas de tréboles y margaritas, notándose aquí y allá sobre las márgenes matas de violas boscanas, amarillas y blancas, que á cántaros riega todos los dias el ermitaño de San José.

La campana de la ermita volteaba ya grandemente y sonaba por la primera vez, mientras yo llegaba ya á la plaza que se extiende delante de la ermita.

Apenas se veía aun ninguna persona por allí, á excepcion del ermitaño, otro anciano compañero suyo y una pobre anciana que, puesta la mantilla y sentada en un extremo del poyo de piedra que corre alrededor de la capilla, esperaba se hiciese la novena, rezando su rosario.

Unas muchachas subidas en unos morales vecinos, cantaban y charlaban como cotorras mientras cogian hoja, que colocaban en la falda. Aun no habia yo saludado á la anciana, cuando una de aquellas muchachas cantó esta cancion:

Dicen que santa Teresa
fué de Jesús secretaria;
guarda, por Dios, Santa mia,
los secretos de mi alma.

—¿Y qué le parece á V., buena anciana, dijela despues de saludarla; qué le parece á V. de lo que canta aquella muchacha?

—¿Qué me ha de parecer, señor? me contestó. Esas canciones deben cantar, y no las que oyen á cuatro desvergonzados.

—Pero ¿y fué santa Teresa secretaria de Jesús? ¿qué me dice V.?

—Yo no le sabré decir eso á V., aunque muy bien podria ser eso quien, segun nos dijo el señor Cura en un sermon, tanto la queria su Majestad que hasta esposa suya la hizo. Si V. me preguntase si fué confesora, eso ya seria...

—¿Qué seria? dígame V.

—Seria muy diferente, vaya. Que la bendita Santa queria serlo, y no se lo concedió su divina Majestad.

—Vea V.; con que, ¿confesora queria ser? repuse yo.

—Le diré á V.: ella, como era tan buena y era tan estimada de Dios, fuese un dia á Nuestro Señor, y ¿qué le pide? Nada menos que pudiese confesar, y así salvar muchas almas: ¡cómo se moria por ganarlas para Dios!... Su divina Majestad la recibió, como solia, con mucho agasajo, y alabó sus buenos deseos, pero diciéndole al mismo tiempo: «Mira, Teresa mia, está muy bien lo que tú me pides; pero quiero que antes me guardes una muy bonita y preciosa cajita que yo tengo. Toma, y ten cuidado con ella,» le dijo el Señor. Y puso en sus manos una cajita tan linda, que no se hartaba santa Teresa de mirarla. Pero —lo que somos las mujeres—la cajita tenia la llave puesta en su agujero, y el demonio de la curiosidad, sin parar un momento, dale que le darás, forzando á santa Teresa para que la abriese. Mucho tiempo se resistió á abrirla, pero al fin y al cabo, como era mujer y curiosa como somos todas, que eso no lo podemos negar, poquito á poco y muy despacito comenzó á alzar la tapa de la cajita, y... ¡válgame Dios! salta de la caja, donde estaba encerrado, un pájaro, y echa á volar por los aires, quedando la pobre Santa mirando al cielo y con el corazon lleno de dolor. Entonces, toda llorosa, fuese al Señor y le dijo: «¡Señor, que el pájaro de la cajita se me ha escapado sin yo quererlo!» «Con que ¡hola! le dijo el Señor: ¿no me has sabido guardar ese secreto que te habia confiado, dejando escapar el pajarillo, y quieres saber guardar el secreto de los pecados de los penitentes? No, Teresa mia; deja que solo los hombres puedan ser confesores, y conténtate tú con rogar, como lo haces, por los pobres pecadores.» Ahora ¿qué le parece á V., señor, de esta historieta que yo aprendí siendo una mala muchacha?

—Que me hace no poca gracia el cuento de V., mi buena anciana,—le dije yo, amigo siempre de oir esas historias y leyendas, llenas comunmente de un candor y una sencillez que enamoran y que

muchas veces encierran un profundo sentido y alta enseñanza; historias y leyendas de que tan rico tesoro guarda nuestro mas humilde pueblo. — Pero, yo no sé — agregué á la anciana, — si santa Teresa estará muy contenta de ese cuento, pues en él hace un papel poco airoso, cuando precisamente santa Teresa era una dama que nunca quedó desairada, y achaques de mujeres nunca los tuvo ella, antes era su ánimo varonil y de récio temple.

— ¿Y no era curiosa tampoco como somos nosotras? repuso la anciana.

— Muy al contrario; y aunque le viniésen deseos de saber alguna cosa, sabia vencerse y reprimirse si no convenia saberlo. Y sino, oiga V. un cuento, que pica en historia, que yo voy á contarle á V., en agradecimiento al que V. me ha contado. — Pues, señor, como ya sabrá V., santa Teresa quiso reformar la Orden del Cármen; pero, hé aquí que al estar en esa grande empresa, le ocurre una grave dificultad que le impide pasar adelante. Va santa Teresa, ¿y qué es lo que hace? Aprended, señoras mujeres. Escribe á su confesor, el P. Alvarez, consultándole la dificultad y encargándole pronta respuesta para proseguir lo comenzado. Pero el confesor, que queria mortificar y probar la virtud de la Santa, le envia la respuesta en carta cerradita, y en el sobrescrito añade estas palabras: «No la abra V. en dos meses.» Y ¿qué le parece á V. que hizo la Santa, ella que esperaba con candelas la respuesta para proseguir obra de tanta importancia y que tanta gloria iba á dar á Dios? ¿Le parece á V. que luego fué á abrirla, como dice el cuento de la cajita, que V. me ha contado? No, señora, no; dejó cerradita la carta, como si tal cosa, y el demonio de la curiosidad fué vencido por su grande obediencia. Con que, ya lo sabe V., buena anciana: santa Teresa no hubiera abierto la cajita del pájaro hasta el dia del juicio, y el pobre pájaro se hubiera muerto de hambre. En cuanto á lo de querer ser ella confesora, no creo que le viniese jamás á las mientes semejante pensamiento, y no necesitaba eso para salvar á muchísimas almas. ¿Lo cree V. así?

— Es claro, señor, pero como una lo ha oido decir así... ¡Bendita santa Teresa de Jesús! ella nos alcance del Señor gracia para amarle cada dia mas.

En esto el ermitaño comenzó á tocar el último toque para la novena. Todos los poyos y la plazuela estaban llenos de gente que acudia á obsequiar á san José. La capilla estaba tambien llena hasta no poder mas. Yo pude meterme aun bajo el arco de la puerta y gozar de la sencilla funcion. ¡Estaba aquello tan risueño y bonito! ¡Un anciano y un niño hermoso que se miran y se aman! ¿No será ese siempre un cuadro bañado de candor, de suavidad y dulzura? ¿No gustará siem-

pre ese grupo á todos los corazones sanos y tiernos? Despues, aquellos corazones y piececitos de cera que cuelgan del retablo; aquellos jarros de frescas violas, de todos los colores, que llenan toda el ara del altar; tantas velas encendidas, no puestas en gran órden, por cierto, pues ya le tiembla el pulso al anciano ermitaño y no está para meterse en tales honduras, pero adornadas con papel de color y colocadas por todas partes, pues no ha habido bastantes candeleros; aquellas *hostias*, blancas como la nieve, que cuelgan de unos cordeles tirados en todas direcciones, de una á otra pared de la capilla y en la mitad de su altura, y que un sople de aire colado menea, con gusto de los niños, que están ojo avizor á ver si se cae alguna; la sencilla piedad y segura confianza con que respondian al sacerdote los devotos del santo Patriarca; y por último, las alegres y frescas voces de los niños que cantaban los *Gozos* del Santo, me hicieron pasar un rato de la mas pura satisfaccion y serena alegria.

Al bajar de la ermita topé con la anciana del cuento, la cual me dijo con ademan de una firme resolucion:

— Perdone V., señor, que lo de la cajita de santa Teresa ya diré á mis nietecitas que no lo crean.

— ¡Pues, ya se ve! — le contesté sonriendo.

J. A.

LA GARZA, EL CUERVO Y EL PITIROJO.

FÁBULA.

Tú que tan pura y delicada y buena
gustas tanto de pájaros y flores,
esta fábula escucha, Filomena,
que de Jesús recuerda los dolores.—

Ya sabes que las garzas mueren viejas,
segun dicen verídicas consejas:
una de ellas vivió... ¡quién lo diría!
dos mil años y mas... mas todavía;
yendo siempre y viniendo
y do quiera noticias esparciendo.

Un día del estío esta chiquilla
con un cuervo topó y un pitirojo,
que á la sombra de un árbol y á la orilla
de un arroyo, se holgaban sin enojo.

«Buenos dias, señores,
dijo entonces la garza encanecida ;
y pues hace hoy un dia de primores,
charlemos un poquito por mi vida.
Como veis, yo soy vieja, y ya de tanto
como he visto y me sé casi me espanto ;
y sin lisonja yo decirlo puedo,
á ninguna ave cedo
la palma de contar cosas que un dia
fueron, y guarda la memoria mia.
Si quereis una muestra,
escuchad, escuchad la historia vuestra.
¡Oh tú mi buen amigo, cuya pluma
hoy tan negra se muestra !
fué otro tiempo mas blanca que la espuma
y cándida azucena ;
¡mas ay ! de Coronís desprecio hiciste,
y de esa burla en pena,
Apolo te vistió con este triste
ropaje de moaré. (¡Y lo mereciste !)
Pero tú cuyo cuello está teñido
de una encendida mancha purpurina,
tienes tú, mi pájaro querido,
una historia divina.
En la cruz extendido,
iba Cristo á morir !... Tú que ves esto
hácia él vuelas presto,
y con pico valiente
le arrancas una espina de la frente.
El buen Jesús, que aquello
agradecido nota,
procura destilar sobre tu cuello
de su Sangre purísima una gota.»

J. A.

No nos sufre el corazon por mas tiempo privar á nuestros lectores de la satisfaccion de conocer los trabajos hechos por nuestro celoso corresponsal y apasionado devoto de nuestra santa Madre Teresa de Jesús en Londres, para comprobar con toda evidencia la existencia de las espinas en torno del corazon de la Santa. La abundancia de materiales ha retardado la publicacion de este interesante relato mas de lo que hubiéramos querido. Para su mayor satisfaccion debemos hoy advertir á nuestros lectores lo que nos escribe con fecha 6 del pasado febrero el Excmo. Sr. Obispo de Salamanca, preconizado hoy de Bar-

celona. «Hace pocos dias que por este tribunal eclesiástico se ha terminado el expediente canónico sobre la verdad de este fenómeno, que será remitido original á Roma, para que allí se resuelva acerca de lo sobrenatural que puede haber en él.» Tan luego como Roma dé su dictámen sobre el particular, nos apresuraremos á comunicarlo á nuestros suscritores que tienen vivo interés para saber la verdad de este maravilloso hecho sin precedente en la historia. Dice así la relacion que se nos remite:



¡ VIVAN JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA DE JESÚS!

Historial de las gestiones hechas en los primeros dias de octubre de 1873 por D. Carmelo Saavedra, para probar la verdadera existencia de las espinas que rodean el corazon transverberado de santa Teresa de Jesús, dirigido al excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de Salamanca.

Plymouth, dia de la fiesta de san Juan de la Cruz, 1873.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

El periódico católico de Londres *The Tablet*, que merece la consideracion de todos los defensores de la santa Iglesia, católica, apostólica, romana, por el ahinco y denuedo con que sostiene sus intereses en la capital de la protestante Inglaterra, publicó en su número 1729, correspondiente al sábado 31 de mayo de 1873 (página 693), la siguiente carta dirigida á su Director:

«Muy señor mio:

«Acabo de ver una carta de un distinguido eclesiástico á otro compañero suyo, en la que manifiesta su admiracion de que el señor canónigo Dalton en la interesante obra titulada: *Peregrinacion á las reliquias de santa Teresa á Alba de Tormes y Avila* no diga una palabra de las espinas que se dicen verdaderamente salir del Corazon de la Santa. Dicho eclesiástico añade en su carta: *Cuando hace pocas semanas obtuve una audiencia del santísimo Padre, Su Santidad me habló de ellas.* Como jamás habia oido hablar nada de dichas espinas y que los Bolandistas no hacen mencion ninguna, escribo á V. para preguntarle *dónde* podrá encontrar alguna descripcion de las espinas de que me habló Su Santidad.

«De V., señor mio, humildísimo servidor,

«Sacerdos.»

Fácilmente se comprende, Excmo. é Ilmo. Sr., la piadosa curiosidad del digno sacerdote que escribe la precedente carta, no siendo en ella de ningun modo cuestion de duda ó incredulidad, antes al contrario,

desea conocer la *descripcion* de ellas; así, no tarda en recibir las dos otras que resume en la siguiente dirigida al mismo Director y publicada en el número 1,731, perteneciente al 14 de junio correlativo.

«Muy señor mio:

«Desde mi última carta inserta en su periódico (del 31 de mayo), pidiendo antecedentes sobre *las espinas* que se dice crecen del Corazon de la Santa, he visto dos cartas sobre el particular, de las cuales una es de un distinguido eclesiástico que dice: «En la actualidad hay «cuatro espinas: las dos primeras aparecieron en 1836. En 1840, yo «vi una imagen del Corazon con las dos espinas: al principio eran «pequeñas, mas han crecido, y son ahora de dos pulgadas de largo; la «tercera se vió el 27 de agosto de 1864, teniendo en la actualidad una «pulgada de largo; la cuarta se distinguió en 1871, etc.» La segunda carta es de lady Herbert de Lea, que autoriza á su corresponsal a servirse de sus mismas palabras. Helas aquí: «Jamás he oído hablar de «esas espinas; yo no creo en ellas. He visto el corazon de la Santa con la «cicatriz (donde fué atravesado) lo mas cerca posible, y ciertamente no «tenia espinas.» Esta señora y el canónigo Dalton tuvieron la dicha de ver el Corazon de la Santa en 1866 en circunstancias las mas favorables, y como la tercera espina, segun el decir del eclesiástico de que he hablado, apareció en 1864 y tiene una pulgada de largo, parece singular que ni dicha señora ni el canónigo Dalton vieran las citadas espinas. De otra manera ciertamente hubieran hablado de una cosa tan extraordinaria en sus respectivas publicaciones, la una de dicha señora: *Impresiones de España en 1866* (Londres, Bentley, 1867) y el reciente volumen del Canónigo: *Una peregrinacion á las reliquias de santa Teresa* (Londres, Booker, 1873).

«Lady Herbert, segun creo, estuvo algunos dias dentro de la clausura del convento de Carmelitas de Alba de Tormes, y estoy informado que ella no oyó hablar una palabra de las repetidas espinas. Luego, si el hecho hubiera sido verdad, ¿no hubieran enterado de ello las Religiosas á dicha señora? Debe haber, pues, algun error en este asunto, ó á lo menos nos faltan detalles mas positivos y circunstanciados, y espero que el distinguido eclesiástico podrá luego dárnoslos. «Quedo de V., etc.

«Sacerdos.»

El mismo periódico publicó á renglon seguido otra carta cuya traducción es la siguiente:

«Muy señor mio: Su corresponsal *Sacerdos* encontrara una relacion de las espinas que han salido del Corazon de santa Teresa en el primer volumen de las *Voix prophetiques* del abate Euricque. En la actualidad son en número de cuatro. Dos aparecieron la víspera de san José, en el año 1836. La tercera fué vista por primera vez el 27 de agosto de 1864, día en que celebra el Carmelo la Transverberacion del Corazon de la Santa por un Serafin. Al principio era pequeña como la punta de un alfiler, mas ha crecido una pulgada, siendo gruesa en proporcion. Una cuarta espina ha parecido despues, y debia ser

como lo indica el Abate despues del 19 de agosto de 1871, pues que el Obispo de Salamanca, atestando este dia la autenticidad de la reproduccion del Corazon de la Santa que se envió á las Carmelitas francesas, habla de las espinas señalándolas en número de tres, describiéndolas como muy grandes.

«Vuestro humildisimo,

«Eduardo Healy Thompon.»

(Se continuará).

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA.

Lerma. Si los milagros están sobre la ciencia y potencia de lo humano, y son obras exclusivas del supremo Hacedor, que á la voz de un *Fiat* crió todo lo que admira el hombre y proclama la misma naturaleza, presentemos al hombre piadoso una maravilla mas que admirar, y al filósofo descreído otra prueba mas de su confusion y vergüenza.

¿Quién abrevió jamás las misericordias del Señor? ¿Quién puso limites á su omnipotencia? Seis años de agudos padecimientos tenian postrada en cama á la Hermana Inocencia de San José, carmelita descalza de Lerma, jóven de treinta y cuatro años, y marchitada su robustez en la primavera de sus dias, sintió sobremanera no ayudar á sus compañeras. Pero, si bien suspiraba por la salud, no dejaba de estar resignada á la voluntad de Dios.

En su penosa y larga postracion se agotaron los recursos de la medicina, que al fin se declaró impotente é ineficaz en su empresa. Era preciso que la enferma probara la fuerza de la oracion, y que la fe llenara los vacios de la ciencia humana, siempre oscura en la ciencia médica.

La paciente habia clamado sin cesar á santa Teresa, que le fuese propicia ante Dios para conseguir la salud. Nada mas propio que pedir la hija á su Madre, y á una Madre tan amada de su Dios.

Aun no era tiempo. Dios difiere sus misericordias para probar la fidelidad del que pide, y su modo de pedir. Los Santos á veces tienen sus gracias, y aparentan que se desentienden de sus amigos.

Era el 6 de junio de 1858, el dia destinado para obrar la maravilla. Teresa de Jesús queria ya dar á su hija una prueba de su amor. Dios queria ostentar sus prodigios por la intercesion de Teresa. Pues bien: á las doce del mismo dia se aplicaron á la enferma la cinta y corazon, tocados al corazon y brazo de santa Teresa, que se veneran en Alba de Tormes.

No habia pasado un cuarto de hora, y la paciente sintió un estremecimiento en todo su cuerpo que la obligó á tomar una posicion que ella suponía imposible. ¡Qué sorpresa tan grata cuando observó que se habian roto las cadenas amorosas que la detenian, y que el Angel de la

Piscina había movido las aguas saludables! Apercibida del maravilloso suceso, se arrodilló, después de seis años que le había sido imposible esta operación reverente. Pasó un gran rato, extasiada en un gozo que se siente y no se explica.

Amante de la obediencia, corrió presurosa y alegre á comunicar el portento á su prelada. Postrada á sus piés, tan ágil como contenta, hizo el relato de lo que le había sucedido.

Santamente sorprendida la superiora, desfalleció á vista del milagro. Todo parecía un sueño; pero era una realidad. La sombra de Pedro curaba. Un Ángel rompía sus cadenas. La Comunidad entonó al momento un solemne *Te Deum*, y al día siguiente una misa, en accion de gracias por las misericordias que Dios había obrado en sus siervas y esposas.

Las obras de Dios no necesitan comentarios. Son por sí bien expresivas y sobremanera elocuentes.

Dios nos haga humildes y dóciles para escuchar sus divinas inspiraciones, y nos libre de la obstinacion de Corazain y de Cafarnaum, que fueron insensibles y murieron en su incredulidad, no obstante las maravillas que se obraron en su recinto.

Zaragoza. Nos escriben de esta ciudad un especial favor que han conseguido las Carmelitas Descalzas de santa Teresa de Jesús en la noche del 3 al 4 de enero del presente año.

Estaba la Comunidad descansando en apacible sueño, cuando fué este interrumpido por los fuertes y repetidos campanillazos que daba la campana de la portería. Muy grande fué el pánico que se apoderó de aquellas pobres religiosas; y como sabian los rumores alarmantes que el día anterior circularon por la ciudad, de que los federales en completa insurreccion trataban de defenderse contra las tropas del Gobierno, exclamaron todas con dolor: *Ya los tenemos en casa*. Y en efecto, con un grande alboroto y con demasiada impaciencia exigian que se les abriesen al momento las puertas del convento para ocuparlo como punto estratégico á propósito para una tenaz resistencia.

Descorridos los sagrados cerrojos y abiertas las puertas entraron en el convento, pero cesando el alboroto y presentándose muy atentos, y sin atreverse á pasar del claustro bajo, las once horas que permanecieron dentro, á excepcion de los centinelas, que ocupaban diferentes puntos de la casa.

El jefe en un corto discurso encareció á sus subordinados el santo respeto y buen comportamiento que debian observar en un lugar tan diferente de las moradas profanas, y todos se condujeron dignamente. Entre tanto las religiosas clamaron á santa Teresa de Jesús para que no se rompiese el fuego, como así se había determinado hacerlo en la mañana siguiente, contra un fuerte que ocupaban las tropas, y cuyos disparos hubieran reducido á ruinas el convento á empeñarse la lucha. ¡Oh poder de Dios y de la proteccion de la esclarecida Santa! Aquellos hombres, que parecian que no temian la muerte, huyeron despavoridos sin concluir de tomar la comida que las Religiosas les tenian aderezada al saber

que la tropa estaba cerca del convento; y todas dieron mil gracias á su celestial protectora por haberlas librado de tan eminente peligro y de verse otra vez solas en su santo recinto.

—Otro especial favor ha dispensado la seráfica Doctora á un jóven de la misma ciudad de Zaragoza, cuya vida disipada era el desconsuelo de su familia. Una tia suya, persona muy piadosa, acudió con fervor á santa Teresa de Jesús haciéndole una novena para la conversion de su sobrino, y prometiendo publicarla en la presente *Revista* si la lograba. No se hizo esperar mucho la gracia deseada, pues á los tres dias de concluir la novena se acercó el jóven á los santos Sacramentos, y siendo antes holgazan y perezoso se colocó en un oficio y continuó trabajando con diligencia y viviendo muy bien con su mujer.

NECROLOGÍA.

Acaba de fallecer en el convento de Madres Carmelitas de santa Teresa de Barcelona la religiosa sor Joaquina del Sagrado Corazon, en el siglo Joaquina Fivaller y Taverner, hija de los Excmos. señores Duques de Almenara Alta D. Juan Antonio de Fivaller y D.^a Bernardina Taverner, Marquesa de Vilhel, á la avanzada edad de 79 años, de los cuales contaba 60 de religion. Fué su padrino, en el acto de la toma de hábito, S. M. el Rey D. Fernando VII, y en su representacion el Excmo. Sr. Capitan General, D. Javier Castaños, duque de Bailen. Se dió á esta ceremonia toda la esplendidez que la religiosidad de aquellos tiempos permitia. La ilustre religiosa fué un modelo de virtudes cristianas y un lustre de su Orden; distinguiéndose por su profunda humildad y siendo un modelo en la observancia de las austeras reglas de la religion que habia abrazado, y el consuelo de cuantas personas la trataban por la profundidad de sus consejos, inspirados en las mas profundas máximas del Evangelio. Su muerte, acaecida el 27 de febrero último, le habrá abierto las puertas del cielo para el cual solo suspiraba, alcanzando en él la recompensa á sus grandes virtudes, y el premio otorgado á una vida llena de abnegacion y merecimientos. (R. I. P.).

REVISTA EXTRANJERA.

Roma. En la mañana del 31 de enero, Su Santidad dió audiencia á las señoras que pertenecen á la *Piadosa asociacion para proteger á las sirvientes pobres*. Las Hermanas de la Compasion y algunas sirvientes asistieron al acto. La señora marquesa de Serlupi leyó un entusiasta mensaje de adhesion hácia el Pontifice; despues dos jóvenes criadas leyeron una composicion poética alusiva al acto, y ofrecieron á Su Santidad algunos ornamentos y un mantel de altar. El Papa pronunció algu-

nas palabras de edificacion á la piadosa Asamblea, recomendando la fidelidad en sus deberes á las señoras, y abandonó la sala de audiencia despues de dar á todas la bendicion apostólica.

Su Santidad se trasladó acto continuo á la sala de la Condesa Matilde, donde un francés, Mr. Hispa, tuvo el honor de presentarle un facsimile en barro cocido de la gruta de Nuestra Señora de Lourdes. Mr. Hispa llevaba consigo un poco de agua extraida de la fuente de la Virgen, y por medio de un hábil mecanismo se la vió correr por la gruta. El Padre Santo examinó con detenimiento este precioso objeto que le fué ofrecido por Mr. Hispa, y despues de haberle dado las gracias se retiró, no sin darle antes su apostólica bendicion.

El viernes 30, Su Santidad dió audiencia á ciento veinte hijas del pueblo, pertenecientes á la Asociacion de hijas de Maria, las cuales fueron llevadas por las Hermanas de la Preciosa Sangre á recibir la bendicion del Pontífice prisionero.

Pío IX, despues de escuchar el mensaje que leyó una de ellas, les contestó en un tiernísimo discurso inculcándoles la virtud de la paciencia en la contemplacion é imitacion de la Pasion de Jesucristo, y el amor á la Inmaculada Virgen.

—El Sumo Pontífice asistió el dia 2 á la ceremonia del ofrecimiento de las candelas en el palacio del Vaticano. Rodeado de su corte, presidió desde el trono la piadosa ceremonia á que asistia un número considerable de dignatarios eclesiásticos, individuos de las corporaciones religiosas, nobles, fieles, etc.

—El dia 8 recibió Su Santidad á una diputacion de la nobleza católica prusiana, que iba á ofrecerle el testimonio de su firmisima adhesion á la Santa Sede.

—El telégrafo nos anuncia la muerte del cardenal Tarquini, uno de los últimamente revestidos de tan alta dignidad por el Padre Santo, que quiso trocar su sotana de jesuita por la púrpura cardenalicia, en premio de su ciencia y sus virtudes, y en demostracion de afecto á la Orden insigne á que pertenecia.

—Algunos periódicos publican la siguiente nota, que se supone enviada á los representantes de la Santa Sede en las cortes extranjeras. No sabemos si será auténtica: pues como se pierden para nosotros la mayor parte de los periódicos romanos que han de venirnos, y en los cuales podemos tener mas confianza, ignoramos el grado de crédito que merezca esta circular.

Dice así:

«Habiéndose ocupado la prensa italiana y extranjera en discutir los detalles de una supuesta Bula estableciendo reglas para la eleccion del futuro Pontífice, y habiendo además comentado dicha Bula varios periódicos, cada uno segun sus principios, me veo obligado á asegurar que es completamente apócrifa. — Antonelli.»

—Se ha verificado en el Coliseo romano una gran manifestacion católica para protestar contra el derribo y profanacion del *Via Crucis*. Asistieron mas de cinco mil personas, y entre ellas obispos, nobles y principes romanos. La manifestacion ha sido verdaderamente cristiana, consistiendo en recorrer el camino de la Cruz.

—Todas las sociedades católicas de Roma han firmado y publicado una protesta colectiva contra la profanacion del Coliseo romano, llevada á cabo por orden del director general de excavaciones arqueológicas, señor de Rossa. Este oscuro funcionario no debe confundirse con el sábio y católico comendador de Rossi, que desempeñaba el mismo cargo antes de entrar Víctor Manuel en la ciudad eterna, y á cuyo sábio se debe un

magnífico libro sobre las catacumbas, espléndidamente impreso á costa de Pio IX.

—La prensa católica de Italia manifiesta la mayor indignacion por los escándalos verificados en Roma en el último Carnaval. Los miserables satélites de la demagogia desenfundada de la desgraciada Península han querido servirse de la triste oportunidad que conceden las fiestas de dicho periodo para ultrajar impune y despiadadamente los sentimientos religiosos del pueblo, y burlarse con inaudito descaro de los mas sagrados objetos.

La *Asociacion artistica internacional*, que preside el sindico Pianciani, ha celebrado una exposicion, que tituló humorística, y que mas tuvo de impia y soez que de graciosa.

Todos los dogmas y asuntos religiosos consignados en los Libros santos, las principales ceremonias de nuestro culto, las tradiciones piadosas mas respetables fueron representadas con todo el cinismo y desvergüenza que es posible inventar á una imaginación italiana. La adoracion de los Reyes Magos, el triunfo de Josué, la condenación de Jesucristo por el antecesor de los modernos Pilatos, y otros sagrados asuntos, estaban representados de una manera burlesca y criminal en esta exposicion afrentosa.

La indignacion que este y otros hechos semejantes producen ha sido grandísima: todos los periódicos honrados protestan contra ellos, y la prensa extranjera publica multitud de correspondencias inspiradas en un sentimiento elevado, que juzga, y con razon, mas culpables á las autoridades italianas que á los desdichados instrumentos de la impiedad.

Inglaterra. Ha muerto el canónigo Dalton, uno de los sacerdotes mas teresianos y celosos de la Iglesia católica en aquella protestante nacion. Mientras llega el dia de dar á nuestros lectores unos apuntes biográficos de su ejemplar vida, les recomendamos á sus oraciones el alma del ilustre finado. (R. I. P.).

—En una carta de Londres que publica *L'Union* dando noticias biográficas de los nuevos ministros de Inglaterra, encontramos que lord John Manners, director general de comunicaciones, ha sostenido la necesidad de mantener relaciones diplomáticas con la Santa Sede y vivir en buena armonía con el clero católico de Irlanda.

Polonia. La persecucion contra la Iglesia arrecia de una manera violenta en algunos puntos de Europa. Los periódicos de Posen comunican algunos detalles acerca de la hecatombe que acaba de realizar el gobierno ruso con los infelices católicos del antiguo reino de Polonia.

El dia de año nuevo en la parroquia de Dzelow, distrito de Badzyn, gobierno ruso de Siedlce, los campesinos polacos que habian rehusado abjurar la fe de sus padres y entregar su iglesia á un sacerdote moscovita han sido fusilados en masa por dos compañías de infanteria llegadas de Siedlce. Los autores de esta atrocidad han sido: el mayor Kotow, jefe del distrito, y el coronel lugarteniente Reti, que mandó el fuego. El renegado Popiel es el que, por sus compromisos, fomenta la persecucion religiosa.

Cinco individuos han muerto en la plaza; 28 han quedado gravemente heridos; 450 hombres, mujeres y niños han sido cruelmente azotados, y 70 cargados de cadenas están en la cárcel.

En la parroquia de Szostki las autoridades rusas han querido instalar, el 18 de enero, á un moscovita como sacerdote; los campesinos han resistido y los soldados han hecho fuego, hiriendo y matando á mas de 48 personas. Despues se procedió á la flagelacion, recibiendo cuarenta

azotes los hombres, veinte las mujeres y diez los niños. Quince personas han sido detenidas.

El diario *Noticias de San Petersburgo*, refiriéndose á estos acontecimientos, dice que el gobernador de Siedlce se ha trasladado al lugar donde han ocurrido estos hechos para aclarar este asunto, que toma proporciones alarmantes.

Los infelices mártires polacos solo escuchan en Europa una voz que se levante para consolarlos y fortalecerlos; la del venerable sucesor de san Pedro, que olvidando las propias persecuciones, acude á sostener la fe de sus hijos.

GRACIAS

que se piden á santa Teresa de Jesús, y se recomiendan á las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia y libertad de Pio IX; la paz del mundo y en especial la de nuestra pobre España. — La digna recepcion de los sacramentos de Confesion y Comunión por todos los cristianos. — La conversion y cristiana muerte de dos personas. — La juventud católica. — El reinado social de Jesús en el mundo todo. — Acierto en un asunto de interés para la gloria de Jesús de Teresa. — Espiritu de oracion y de celo para los devotos Teresianos. — Una madre de familia. — Un negocio temporal. — Valor cristiano para cumplir la voluntad de Dios una hija de Teresa de Jesús. — El logro cuanto antes de un santo deseo para otra hija de Teresa. — El aumento y propagacion de la devocion del Padre y Señor de santa Teresa de Jesús, el glorioso san José.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO

Y POBRE.

| | | |
|---|---------------------------------|--------------|
| | <i>Suma anterior.</i> | Rs. 1,885'60 |
| <i>Tortosa.</i> — Una hija de Teresa de Jesús pide á su Madre la libertad de Pio IX, y que se aprovechen todas sus hijas de las gracias espirituales que el Señor dispensa con generosa mano en los dias de retiro. | | 8 |
| <i>Calaceite.</i> — B. S. P., por Pio IX cautivo. Libértale, Teresa de Jesús, tú que todo lo alcanzas de Jesús. | | 3 |
| <i>Forcall.</i> — Francisco Llop, Pbro.: Santa Teresa de Jesús, da paz al mundo y consuelo á Pio IX. | | 10 |
| <i>Teruel.</i> — Un católico: Santa Teresa de Jesús, salva á Pio IX. | | 22 |
| " Una católica. | | 10 |
| <i>Corbera.</i> — Tomás Llop, Pbro., para que la esclarecida Doctora del Carmelo haga desaparecer, con la velocidad del rayo, los dias amargos del angélico Pio IX. | | 20 |

Suma. Rs. 1,958'60

(*Sigue abierta la suscripcion.*)